

Niko Kazantzakis

CRISTO DE NUEVO
CRUCIFICADO



En Licovrisí, una aldea griega bajo el dominio turco, se representa la Pasión de Cristo una vez cada siete años. En esta ocasión, al poco de haber repartido los papeles, llega un grupo de griegos harapientos cuyo pueblo fue arrasado por los turcos y buscan un lugar donde asentarse. La llegada de los desarraigados es el punto de partida de unos acontecimientos que cambiarán profundamente la vida del pacífico pueblo y sacará a la luz el verdadero corazón de cada quién, la falsedad o la autenticidad de su religión, el eterno debate, en fin, entre si al ser humano se le mide por lo que consigue o por lo que dona.

Kazantzakis logra mostrar con maestría —en su estilo sencillo y lleno de diálogos— el alma humana hasta en sus más oscuros recovecos. Sus personajes desbordan vida y credibilidad, siguiendo la estela del mítico *Zorba*, escrito dos años antes. Todos ellos son profundamente humanos, aunque también exalta aquello que de animal tiene el hombre en cuanto a sus instintos. No faltan tampoco las referencias al pueblo griego y su cultura, su mitología e historia. Así, se menciona a Caronte, Apolo, Alejandro Magno, e incluso hay una Penélope que teje calceta sin parar. Y todo ello contribuye a que la aparente sencillez de la historia trasluzca, en realidad, un fondo mucho más denso con múltiples reflexiones posibles.

A partir de esta novela, Bohuslav Martinu compuso la ópera *La Pasión Griega* (estrenada en 1961) y Jules Dassis realizó una versión para la gran pantalla con el título *El que debe morir* (estrenada en el Festival de Cannes en 1957).

¿Es una novela cristiana, comunista, nacionalista, prólogo de la teología de la liberación? Muchas lecturas son posibles, pero esta obra rebasa las fronteras de todos los «ismos» para anclarse en la dimensión universal y omnipresen-

te de la justicia, de la liberación, y de la lucha del mal contra el bien. La religión y las ideologías son peladuras desechables. Es el ser humano el que necesita redención y salvación. *Cristo de nuevo crucificado* es una historia redonda con gran carga dramática. Acaba igual que empieza y, sin embargo, ha pasado de todo. Quizá quiera decir con esto el autor que no hay solución para el hombre, una y mil veces se crucificaría a cualquier Jesucristo, una y mil veces dejaríamos morir al vecino de hambre, mataríamos por codicia o traicionaríamos por celos. Y, sin embargo, no se pierde la esperanza de que todas y cada una de esas veces haya un grupo de personas que se rebelen, un grupo que remueva las conciencias, que se sacrifiquen por todos los demás y les rediman.

Índice de contenido

Cubierta

Cristo de nuevo crucificado

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Sobre el autor

Notas

Capítulo I

EL AGÁ DE LICOVRISÍ, sentado al balcón que da sobre la plaza del pueblo, fuma su chibúquí y bebe raki^[1]. Una fina lluvia templada cae suavemente; de sus gruesos bigotes, recién teñidos de negro, penden y centellean unas gotitas; calentado por el raki, el agá se relame y se reconforta. De pie a su derecha, con la corneta colgando, se halla Hussein, escudero y guarda de corps, un oriental gigantón, feo como un gorila y bizco. A su izquierda, sentado con las piernas cruzadas en un almohadón de terciopelo, un muchachito gordinflón no cesa de encenderle el chibúquí ni de llenarle el vaso de raki.

El agá medio entorna los pesados párpados y saborea el mundo de allí abajo. Todo lo creado por Alá, lo ha hecho a pedir de boca, así lo piensa; realmente el mundo es un éxito. ¿Tienes hambre?

Ahí tienes pan, carne bien asada y pilaf con canela^[2]. ¿Sientes sed? Mira este aguardiente, elixir de juventud, el raki. ¿Deseas dormir? Dios te ha creado el sueño; nada mejor para las ganas de dormir.

Si te enfureces, te da el látigo y las nalgas de los raias^[3]. Si te invade la nostalgia ha creado el amané^[4]. En fin, si quieres olvidarte de todos los disgustos y engorros de este mundo, ha creado a Yusufaki.

—¡Qué portentoso artista es Alá! —masculla enternecido—; a fe mía, es verdaderamente un artista prodigioso y que se conoce a sí mismo y, por eso, ingenioso. ¿Cómo, diablos, le habrá dado la idea de crear el raki y a Yusufaki?

Los ojos del agá se empañaron de lágrimas; había bebido tanto que sentía el alma enternecida.

Asomado al balcón, contemplaba a sus raias que gauduleaban en la plaza, acabados de afeitar, los brazos recién lavados, vestidos de fiesta, con anchas fajas rojas y altas polainas azules. Unos se cubrían con fez, otros con turbante, algunos con gorro de piel de cordero. Los más presumidos llevaban en la oreja un pimpollo de albahaca o un cigarrillo.

Es Martes de Pascua; acaba de terminar la misa. Día delicioso, fresco; sol y lluvia primaverales; los limoneros en flor embalsaman el ambiente, los árboles echan brotes, el césped revive, Cristo resurge de cada terrón de tierra. Los cristianos van y vienen por la plaza, los amigos se buscan y se abrazan con el saludo pascual: «¡Cristo ha resucitado!», «¡Resucitado en verdad!», luego, van a sentarse al café de Kostandis o en medio de la plaza, bajo el añoso plátano. Piden narguile y café y, a renglón seguido, semejante a la lluvia ligera, se traban en tranquila e interminable charla.

—Así será el Paraíso —manifiesta Charalambis, el mace-ro de la iglesia—, sol suave, lluvia fina cayendo sin ruido, limoneros en flor, narguiles y amena charla por los siglos de los siglos.

Al otro extremo de la plaza, detrás del plátano, se eleva la iglesia del lugar, «La Crucifixión», recién encalada, y encasquetada con su airoso campanario. El pórtico se halla hay adornado con palmas y ramos de laurel. Alrededor, pequeñas tiendas y tallercitos: el del albardero Panayotaros, un palurdo apodado el «tragayeso», porque una vez que llevaron a la aldea una estatuita de yeso que representaba a Napoleón se la había lindamente tragado; después llevaron otra, la de Pachá Kemal, y también se la había tragado, en fin, la de Venizelos, tragada como las otras.

Pared por medio, la peluquería de Antonis, rotulada «Adonis». Encima de la puerta, una inscripción de gruesas

letras color sangre de buey advertía: «También se sacan muelas».

Un poco más allá, la carnicería de un tal Dimitros, el cojo. «Cabezas frescas de vaca», «LA HERODIANA». Todos los sábados carnea un buey; pero de antemano le dora los cuernos, le pinta la frente, le adorna el pescuezo con cintas rojas y, renqueando, lo pasea por la aldea, pregonando sus virtudes.

En fin, el célebre café de Kostandis: una sala larga y estrecha, donde se está fresco en verano, y donde huele siempre a café y a tabaco, y en invierno también a salvia. De las paredes cuelgan tres grandiosos retratos —orgullo del lugar—, en cartulina brillante. A un lado, Santa Genoveva, medio desnuda en una selva tropical; al opuesto, la reina Victoria, de ojos azules, con enorme pecho de ama de cría; en el centro, en el sitio de honor, el rostro duro, mirar gris enfurecido, de Pachá Kemal, cubierta la cabeza con alto gorro de astracán.

Excelente gente son todos estos aldeanos, duros para el trabajo, buenos padres de familia; también el agá es buenazo, amante del raki, de los perfumes fuertes —musc y pachulí— y del hermoso muchachito sentado a su izquierda en un almohadón de terciopelo.

El agá contempla entretenido a los cristianos, como un pastor a su rebaño, y se regocija.

«Buenos tipos éstos —piensa—; aun este año han colmado mis bodegas y sótanos con regalos de Pascua: quesos, roscas de pan de sésamo, tortas, bollos, huevos pintados de rojo... Y hasta ha habido uno —¡el cielo lo proteja!— que me ha traído una caja de almáciga de Cío para que mi Yusufaki masque y le huela bien la boquita...».

El agá se siente dichoso. «Mis sótanos —recuerda—, rebosan de cosas buenas, la lluvia cae lentamente, los gallos cantan y, muy cerca de mí, enroscado a mis pies, mi Yusufaki mastica almáciga, chasqueando la lengua». De repente, el agá nota que el corazón se le desborda; alarga el cuello,

va a entonar el amané, pero es demasiado esfuerzo para él; se vuelve hacia Hussein y le hace señas de que toque la trompeta para hacer acallar a los raias. Después se vuelve a su izquierda:

—¡Canta, Yusufaki, y que mi bendición descienda sobre ti, cántame el Dunia tabir, ruya tabir, aman, aman!, ¡cántame lo o reviento!

El hermoso muchachito sin apresurarse se saca de la boca la almáciga, se la pega en la desnuda rodilla, apoya la mejilla sobre la mano derecha y entona el amán favorito del agá: «¡El mundo y el sueño son una misma cosa, amán, amán!».

Su voz aflautada sube y baja con arrullos de tórtola. El agá hechizado cierra los ojos y, durante todo el canto del muchacho, se olvida de beber.

—Está en uno de sus buenos días —insinuó Kostandis al servir el café—; ¡bendito sea el raki!

—¡Bendito sea Yusufaki! —afirmó sonriendo maliciosamente Yannakos, buhonero y correo de la aldea, de tupida barba canosa y ojos de ave de rapiña.

—¡Maldito sea el destino de este pueblo ciego que le ha convertido a él en agá y a nosotros en raias! —gruñó Hadji Nikolis, hermano del pope, maestro de escuela de la aldea; tipo seco, con gafas, cuya nuez subía y bajaba cuando hablaba.

Tomó fuego, se acordó de los antepasados, y suspiró:

—Hubo un tiempo en que fueron los nuestros, los hefenos, los dueños de estas tierras. La rueda de la fortuna dio una vuelta y llegaron los bizantinos, que eran también hefenos, y los cristianos. Otra vez la rueda de la fortuna cambió, y vinieron los hijos de Agar... Pero Cristo ha resucitado, ¡también los amigos y la patria resucitarán! ¡Vamos, Kostandis, sirve una vuelta para todos!

Terminada la canción, el hermoso muchacho se metió otra vez la almáciga en la boca y volvió a rumiar somnolien-

to. De nuevo ha sonado la corneta; los raias podrán ahora reír y gritar con libertad.

El capitán Furtunas, uno de los cinco ancianos del lugar, ha llegado a la puerta del café. Se trata de un hombretón buenazo y corpulento, antiguo patrón de barco, quien durante muchos años había surcado las aguas del Mar Negro, transportando trigo ruso y contrabandeando. Barbilampiño, tenía el color aceitunado, la piel apergaminada, surcada de profundas arrugas y ojos pequeños y chispeantes, de un negro azabache. Había ido envejeciendo, y su barco con él. Una noche se estrelló en alta mar, frente a Trebizonda. El capitán Furtunas, náufrago, hastiado, había retornado al pueblo natal, decidido a empinar lo más posible raki y, llegada su hora, a volverse cara a la pared, para morir. Había visto demasiado; tenía suficiente; no, no tenía suficiente, estaba fastidiado, pero sentía vergüenza de confesarlo.

Hoy llevaba altas botas de capitán, impermeable amarillento y el gorro de «notable» de verdadero astracán y, en la mano, el largo bastón de «anciano». Dos o tres lugareños se levantaron con deferencia para invitarlo a tomar un vaso de raki.

—No hay tiempo hoy, hijos, ni para eso —dijo—. ¡Cristo ha resucitado! Voy a casa del pope; tenemos reunión. Que no tarden una hora en llegar allá todos los que han sido invitados. ¡Hala! Haced el signo de la cruz y venid pronto; no ignoráis lo que nos toca hacer hoy. ¡Ah!, será necesario que uno de vosotros vaya a buscar a los cuernos de la luna al albardero Panayotaros; lo necesitamos sin falta.

Se calló un momento, y, guiñando un ojo, dijo con malicia:

—Si no está en su casa, se hallará en la de la viuda Kate-
rina.

Todos se echaron a reír; mas Cristofis, el viejo muletero, que desde muy joven había conocido el amor —y lo había pagado rudísimamente y muy caro— les lanzó esta vehemente invectiva:

—¡Qué tenéis que bromear, maricas! Sigue con tu negocio, Panayotaros, tienes razón y no te ocupes de lo que digan. La vida es breve y la muerte larga; ¡sigue yendo, muchacho!

Dimitros el gordote carnicero agachó la cabeza recién pelada y dijo:

—¡Dios proteja a nuestra Katerina, la viuda! ¡El diablo sabe de cuántos cornudos nos ha librado!

El capitán Furtunas se echó a reír e intervino:

—Vamos, hijos, no disputéis. Es bueno que en cada lugar haya una tunanta, para que a las mujeres decentes no se les moleste. Es como la fuente en el camino, eso es; así, todos los que tienen sed se detienen para beber. De lo contrario, se pasarían llamando a todas las puertas, una tras otra; y a las mujeres cuando se les pide agua...

Al volverse y ver al maestro le espetó:

—¿Cómo, viejo, todavía aquí? ¿No eres tú también del consejo? ¿Es que aun del café haces escuela? ¡Termina la clase, vamos!

—¿No quieres que vaya yo también? —preguntó el viejo Cristofis guiñando un ojo a sus compañeros—. Puedo desempeñar el papel de Judas.

Pero ya el capitán Furtunas afrontaba la cuesta, apoyándose pesadamente en el bastón. No estaba bien ese día. El reumatismo lo atenazaba, y no había podido pegar ojo en toda la noche. Bien es verdad que muy de mañana se había largado al coleteo dos o tres vasos de raki a guisa de remedio, pero váyase uno a fiar, el mal no le dejaba un momento de reposo. Ya ni aun el raki cumplía con su deber.

—Si no me diera vergüenza me quejaría a gritos; tal vez eso me calmaría un poco los dolores.

Pero ¡el caso es que este maldito amor propio me lo impide! Hay que andar con paso firme y aspecto jovial. Y si se me cae el bastón, no permitir que ningún pilluelo me lo alcance, sino que tengo que agacharme y recogerlo yo solo... ¡Vamos, capitán Furtunas, haz de tripas corazón, iza las

velas, quiebra las olas, cuidado! ¡No te vayas a cubrir de vergüenza! ¡A fe mía que la vida también es una borrasca y pasará!

Gruñía y blasfemaba en voz baja. Conforme iba trepando la cuesta, cada balanceo lo lanzaba de uno a otro muro. Se detuvo un momento, miró a su alrededor y, al comprobar que no había nadie, suspiró ruidosamente y se sintió un poco más aliviado. Luego, levantando la vista hacia lo más alto de la aldea, reconoció en una mancha blanca, entre los árboles, la casa del pope con postigos color añil.

—¿Qué malhadada idea le vino al tunante de construir en la cumbre? —refunfuñó—. ¡Maldita sea!

Y continuó trepando.

Ya habían llegado dos notables que esperaban en silencio, con las piernas cruzadas en el diván, a que trajeran las bandejas. El pope había ido a la cocina a dar instrucciones a su hija Mariori, quien se hallaba allí preparando café, agua fresca y confituras.

Cerca de la ventana, el primer anciano de Licovrisí, ocupaba el asiento de honor: corpulento, de aspecto señorial, llevaba calzones de fino paño, chaquetilla bordada en oro y, en el índice, una gruesa sortija de oro: su sello con las iniciales entrelazadas J. P. correspondiente a Jorge Patriarqueas. Sus manos eran grasosas y muelles, como las de un obispo. No había trabajado en su vida, pues contaba con un ejército de servidores y aparceros que laboraban para alimentarlo.

Ostentaba también dilatado buche, amplias ancas —verdadero trasero de jumento—, panza colgante y tres pisos de papada que se apoyaban en el pecho carnoso y velludo. Le faltaban dos o tres dientes —éste era su único defecto físico—, lo que le hacía cecear y farfullar algo. Pero, aun este defectillo acrecentaba su distinción, pues obligaba

a su interlocutor a inclinarse hacia él para captar lo que le decía.

A la derecha, en un rincón, el segundo notable, el hombre más acaudalado del lugar, el viejo Ladas, flaco, mugriento, de cabeza descarnada, ojos legañosos, manazas encallecidas, guardaba silencio, humilde y eclipsado. Encorvado y pendiente de la tierra desde hacía setenta años, la trabajaba, la sembraba, la cosechaba, la plantaba de olivos y vides, la estrujaba y la chupaba todo el jugo. Ni un instante, desde que fue un mocoso, se había sacudido de ella. Insaciable, la exigía que le produjera el mil por uno. Pese a ello, nunca salía de sus labios un ¡bendito sea Dios!, sino que gruñía siempre descontento. Ahora, en la vejez, la tierra no le satisfacía. A medida que la muerte se acercaba, sentía que se le iba acabando la cuerda, y se daba prisa por devorar el pueblo entero. Se había dedicado a prestar dinero a elevado interés. Los necesitados le hipotecaban viñas y casas y, llegado el vencimiento, sin haberles entregado ni una moneda, veían aquellos subastar sus bienes, y al viejo Ladas tragárselo todo.

No obstante, gimoteaba sin cesar y no se saciaba su avaricia. Su mujer, Penélope, iba descalza, y a la única hija que pudo tener, la dejó morir por no llamar al médico.

—Eso cuesta caro —había confesado—; estamos lejos de los centros urbanos. ¿Cómo traer hasta acá un médico? Y, después de todo, ¿qué saben más que otros? Aquí tenemos al pope que entiende de drogas y a quien no hay que pagarle más que por la Extremaunción. Así que la chica se curará lo mismo, y costará más barato.

Pero los ungüentos del pope no habían servido de nada; los santos óleos tampoco surtieron efecto, y la jovencita de diecisiete años se murió y se liberó de su padre. Éste también se libró de los gastos de la boda. Un día, poco después de muerta su hija, se había puesto a hacer números: de dote, tanto poco más o menos; de ropa, mesas, sillas, tanto. Además no había tenido necesidad de invitar a

la boda a todos esos parientes que nunca se hartan de tragar; de donde, tanto de comida, de pan, de vino... Sumó, y el total resultó de consideración. Su hija lo hubiera arruinado. Como todos nos tenemos que morir, no tiene, pues, ninguna importancia el tiempo... Además, se había librado, la pobre, de los engorros de este mundo: maridos, chicos, enfermedades, pérdidas de dinero... En resumidas cuentas, ella había tenido suerte. ¡Dios tenga su alma!

Mariori entró llevando la bandeja; saludó a los notables y, con los ojos bajos, se detuvo primeramente delante del arconte. Pálida, de enormes ojos y cejas como dibujadas con pincel, llevaba recogidas dos gruesas trenzas de cabello castaño en forma de corona. El viejo arconte se sirvió una cucharilla llena de confitura de guindas, miró a la joven y levantando el vaso, dijo:

—Por tus amores, Mariori. Mi hijo está impaciente.

La hija del pope era la novia de su hijo único, Michelis, y el pope se enorgullecía de que tal alianza le regalaría pronto con nietos.

—No llego a comprender por qué está tan impaciente, el muy animal. Dice que no resiste más... —añadió el viejo riéndose y guiñando un ojo a la muchacha.

Ésta enrojeció hasta las orejas; se quedó sobrecogida y sin habla.

—¡Alégrense todos! —exclamó el pope Grigoris trayendo una botella de moscatel—. ¡Con la bendición de Dios y de la Virgen!

El pope, todavía vigoroso, barrigón, con la barba partida y ya blanca, oliendo a incienso y a sebo, notó la confusión de su hija y para cambiar de conversación, preguntó:

—¿Y tú, cuándo, Dios mediante, vas a casar a tu vez a tu hija adoptiva Lenio?

Lenio era una de las hijas naturales que le había hecho a una criada. Se la había dado de novia a su fiel pastor Manolios y la había generosamente dotado con un rebaño de

corderos que Manolios guardaba en la montaña de la Virgen, cercana al lugar.

—Si Dios quiere, uno de estos días —respondió el arconte— Lenio está apurada. ¡Está apurada la muy suertuda! Sospecho que sus pezones se han endurecido y están pidiendo a gritos amamantar un chiquillo. ¡Ya estamos en mayo, patrón, ya estamos en mayo, hay que apurarse!

De nuevo se echó a reír de todo corazón, dando brincos de gozo su triple papada.

—Solamente los asnos se unen en mayo —aventuró—; pero la chica tiene razón; hay que apurarse. En resumidas cuentas, también ellos son hombres, aunque sean criados.

—Manolios es un buen zagal —aseveró el pope—; serán felices.

—Yo también lo quiero como a un hijo —confirmó el arconte—. Recuerdo que lo vi por primera vez cuando visité el Monasterio de Ai Pandeimón: debía tener quince años. Me ofreció la bandeja de bienvenida en el locutorio. Verdaderamente era un angelito, al que sólo faltaban las alas. Sentí pena por él y me dije: es lástima que un mancebo tan hermoso se marchite en un convento, como un eunuco. Así pues, me dirigí a la celda del superior, el padre Manassé, donde éste, ya paralítico, se había recluso desde hacía varios años. «Padre mío —le manifesté—, voy a pedirte una gracia; si me la concedes, donaré al monasterio una lámpara de plata». «Todo lo que deseas, arconte, salvo a Manolios». «A él justamente es a quien deseo, padre mío: quiero tomarlo a mi servicio». El viejo lanzó un suspiro. «Lo amo como a un hijo; no le tengo que reprochar nada de lo que hace. Estoy inválido y solo; no disfruto de otra compañía. Todas las noches le hablo de los ascetas y de los santos; de este modo aprende y a mí me distrae». «Déjalo entrar en el mundo, padre, que tenga hijos y que goce; cuando se hastíe de la vida, entonces puede hacerse monje». En fin, después de mucho forcejear, triunfé y me llevé al muchachito. Ahora, le doy a Lenio. ¡La vida les sea dichosa!